

EL MUNDO NEOLIBERAL

Alfredo Joignant

En una divertida columna navideña publicada el día de los inocentes, el arqueólogo Pablo Ortúzar identifica a quienes –según él– una misteriosa nueva izquierda considera como neoliberales. El listado es largo, y la asociación de Lagos con Darth Vader en calidad de encarnación del mal neoliberal una caricatura.

Pero, ¿sabrá este magister de derecha qué es el neoliberalismo, y sobre todo entenderá las razones de por qué quienes somos de izquierda experimentamos malestar con el mundo neoliberal? No se trata sólo de una forma particular de organización del capitalismo, radicalmente orientada a entregar soluciones privadas a problemas públicos. La radicalidad consiste en que en estas soluciones se inscribe la provisión (y distorsión) de derechos sociales, con efectos devastadores en la naturaleza del goce de bienes ante los que debiésemos ser iguales. Dicho de otro modo, en aquel mundo resulta legítimo y deseable que las personas cultiven un sentido práctico de la diferencia y del prestigio en salud, educación y previsión, a condición de disponer de suficiente poder económico de compra de lo que ya es una mercancía.

Ese mundo neoliberal en el que el Estado se contrae bajo el cargo de ser un insaciable Leviatan, devorador de la libertad de las personas, deja a quienes lo habitan en una experiencia que es moralmente reprochable: la de satisfacer privadamente un grupo vital de deseos y necesidades en la más completa indiferencia por el destino de otros. En el neoliberalismo hay mucho de renuncia a la idea, cultivada por Boltanski, de común humanidad. En alguna oportunidad, Daniel Mansuy criticó el mundo que describíamos en “El otro modelo” por sus características frías: aun no entiendo el argumento, sobre todo si se le contrasta con el neoliberalismo ya que, si de temperatura civilizacional se trata, nada puede ser más gélido que transacciones de mercado para fines de prestigio personal destinadas a proveer un bien en cuyo goce debiésemos ser radicalmente iguales (como por ejemplo en salud).

No ignoro que la potencia del neoliberalismo se explica por su capacidad de incrustarse en la cultura y de transfigurarse en sentido común, descansando en el sostén que le aporta la ciencia económica dominante, y reproduciendo el mundo a través de prácticas naturales. Prueba de ello es que, en educación, ganó terreno la idea de que es deseable diferenciarse de otros frecuentando escuelas que creemos son de excelencia. En este punto, Ortúzar tiene aparentemente razón en criticar a quienes, en la izquierda, inscribimos contradictoriamente a nuestros hijos en colegios privados, y por añadidura caros. Pero la trampa de su argumento es que, al hacerlo, debiésemos renunciar a la crítica moral de lo que unos pocos pueden hacer,

lo que equivale a normalizar la desigualdad que se origina en la lógica económica y cultural de la herencia.

La columna de Ortúzar es una oportunidad de desafiarnos públicamente en una buena y argumentada crítica moral...a condición de que renuncie a jugar el rol de Chubaka, bestialmente divertido.